

*Proposición. La Eucaristía, el más grande misterio de fe, y la más grande obra del amor divino; y la Magdalena, el más bello modelo de fe y de amor.*

El Sacramento, Misterio de fe por excelencia.—Vida, pasión y muerte del Salvador.—Se revelaba el Dios y se manifestaba el hombre.—En la Eucaristía ni uno ni otro.—*Deus absconditus*.—La idea del sacrificio de la inteligencia, compensando la largueza del amor.—*Noli me tangere*.—La Magdalena, modelo de fe para nosotros.—Respuesta á una objeción.—María Magdalena vió al Hombre y creyó en Dios.—Santo Tomás y las llagas.—*Aliud vidit, et aliud credidit*.—La Iglesia visible y á la vez artículo de fe.—Más pruebas.—Todos acudían á Jesús pidiendo favores corporales.—María Magdalena busca salud del alma, la primera.—Fe animosa y ardiente.—A la vista de todos.—En un convite.

Amor de Jesucristo en el Sacramento.—Naturaleza y efectos del verdadero amor.—Ruth y Noemí.—*Cum dilexisset suos, in finem dilexit eos*.—Otro resultado de ese amor.—El amor mutuo.—*Ut sint consummati in unum, sicut et nos*.—María Magdalena.—Escena de su perdón.—Palabras de Jesucristo que alaban su amor.—En el Calvario y el sepulcro.—En el huerto de Arimathea.—Sus palabras en la aparición del Salvador resucitado.—Aplicación á Jesucristo disfrazado en el Sacramento.—Reflexiones generales.—Necesidad de fe y amor para la vida social en todos los terrenos.—La realización de la idea del sacrificio, por la fe y por el amor, á imitación de Jesús y de Magdalena.—Súplica.

## SERMON

### DEL GLORIOSO PATRIARCA SAN JOSÉ.

*Cui nomen erat Joseph.*  
Que se llamaba José.

(Luc. I, v. 29.)

Hay indudablemente en nuestro siglo un constante afán y decidido propósito de inventar una nueva fraseología y un especial vocabulario, hasta ahora desconocido en todos los diccionarios del universo, y sobre todo, de apartarse, en materias de Religión, de las frases y voces consagradas por la autoridad de la Iglesia, y la venerable tradición y antigüedad, sustituyéndolas por otras, generales, equívocas, profanas, en fin, si no ya con marcado sabor de paganismo: por esto, en vez de apellidar sencilla y piadosamente *caridad* al amor del prójimo radicado en el de Dios, y á la conmiseración y socorro de las miserias y desgracias de nuestros semejantes, se la denomina *beneficencia*, y con mejor acierto, entre los que hablan bien, *filantropía*: á la respetable mansión de los muertos, que nuestra Madre la Iglesia ha llamado siempre cementerios, fundada en la historia de esos venerandos lugares, la moderna civilización los engalana desde luego con la denominación gentilica de *necrópolis*: para los modernos reformadores de las costumbres, no es ya la *Religión* precisamente la que debe imperar en las sociedades *progresivas* de nuestros días, sino la *Moral*, epíteto más holgado que el Evangelio y la doctrina de Jesucristo; y en fin, para esquivar el nombre de Dios, como le conocieron y

pronunciaron nuestros abuelos, se agota todo un diccionario de frases de todos géneros, desde el *sublime arquitecto* de la masonería, hasta la *Providencia* de nuestros vergonzantes ateístas, mal disfrazados de católicos de última hora.

Y no se diga, para excusar en todo caso tales mudanzas, que sólo se trata de pura y sencilla cuestión de nombre: que no es cuestión de nombre únicamente la que tergiversa la naturaleza y significación de las cosas, de forma, que no las define bien y exactamente, por lo menos cuando no las constituye en un sentido diametralmente opuesto, y positivamente contrario: que la definición, por ejemplo, de esa *Providencia* sustituida al nombre del Supremo Hacedor, no es, ni podrá ser, desde luego, tan cabal, tan exacta y tan sencilla, por fin, como la que nos puede dar de la palabra y nombre *Dios* un niño de nuestras escuelas, al recitar la que nos ha consignado el catecismo de la doctrina cristiana.

Me ha sugerido las precedentes observaciones, precisamente el giro que pienso dar á mi discurso en estos momentos: se trata del excelso Patriarca San José, del que, á semejanza de su castísima Esposa, se ocupa bien poco, por cierto, el texto sagrado de la narración evangélica; pero con tanto elogio, que le llama *Justo*, y supone con esto haberlo ya dicho todo, en concisa cuanto sublime frase; es más: nos dice que ese varón *Justo por excelencia*, se llamaba *José*; y como en los idiomas orientales los nombres encierran perfectamente la significación completa de las cosas significadas por los mismos, nos entrega desde luego el historiador sagrado ese nombre adorado y venerable, como una garantía de su inefable grandeza presente, pasada y futura, hasta la consumación de los siglos.

Por eso yo, al ocuparme del Padre putativo de Jesús, del Esposo legal, aunque casto, de la Virgen Madre; del descendiente, como Ella, del regio tronco davídico; del hombre, en fin, que viene á enlazar los dos Testamentos, y á cubrir con su manto de pureza la más inefable divina operación que ad-

miraron los siglos, voy á recopilar todas esas grandezas, y á sintetizar su vida, y sus virtudes, y sus milagros, y su poder de ayer, de hoy, de siempre, en la siguiente sencilla proposición: *Todo el panegírico del glorioso Patriarca* está hecho con decir que se llama *José*; que es lo que únicamente acabo de enunciar en las palabras de mi texto, con el sagrado Evangelista.

Santo Patrono de la Iglesia católica: si mis ruegos, indigno ministro de ella, y los de éstos sus fieles hijos, no son bastantes para alcanzar del buen Jesús luz suficiente para contemplar vuestra excelsitud incomparable, como radicada en vuestro nombre singular y dulcísimo, nosotros interponemos los de la casta Doncella de Nazareth, diciéndola con el Angel:

AVE MARÍA.

Cuando el anciano Jacob, que desde su lucha con el ángel en el camino de la Mesopotamia, era apellidado por el celestial paraninfo, *Israel*, sintió acercársele la muerte; cuando sus ojos se nublaron, como los de su padre Isaac, y su cuerpo se acostó sobre el lecho que debía sostener su cadáver, antes de *ser agregado á su pueblo*, según la frase usual de las Santas Escrituras para significar el fallecimiento de los Patriarcas de la antigua Ley, llamó á sus hijos, futuros jefes y cabezas de las doce tribus, y les habló con estas literales palabras del divino texto: *Congregaos, para que os anuncie lo que ha de venir en los últimos días*.

Y seguidamente, en admirables predicciones, fundadas en los hechos y en el carácter de cada uno de ellos, y hasta en la etimología de sus respectivos nombres, rasga con mano atrevida, no solamente la historia y las vicisitudes del pueblo judaico, imprimiendo á cada tribù el sello de su Patriarca y fundador, sino que penetra hasta la Ley nueva, y entreviendo los más profundos y adorables misterios y secretos de la divina

gracia, para señalar efectivamente los últimos días, revelados luego al Evangelista, en Patmos.

Entre esos hijos estaba Josef, el tipo admirable del Salvador, y no menos de su padre putativo sobre la tierra: aquel José que había costado al anciano tantas lágrimas, que bien podía llamarle *hijo de su dolor*, como á Benjamín, dado á luz á costa de la vida de la virtuosa y agraciada Raquel, también madre del joven soñador, del hermano vendido, del inocente y casto encarcelado, del reputado muerto por Jacob, del asociado á los consejos de Faraón, por fin, del noble corazón que supo olvidarlo todo y compensar á su padre, con una vejez y muerte tranquila, los azares y las amarguras de toda una vida de sinsabores: allí estaba, sí, el penúltimo de todos, teniendo sólo delante de sí á Benjamín, el lobo rapaz en la mañana, y repartidor de los despojos al declinar el día; y antes de anunciar en él á Saulo, y después de bendecir á Neftalí, *el ciervo suelto, el de los dichos hermosos*, y en él á Barac, á Tobías, y á la mayor parte del Apostolado con San Pedro á su cabeza, pronuncia sobre Josef estas inimitables palabras: *Hijo que crece, Josef, hijo que crece*: no quiero seguir adelante, ni presentaros toda la belleza de frase y realidad del vaticinio, porque este solo dictado basta hoy para asegurar mi propósito.

Porque, en efecto, amados hermanos míos: ¿veis en ese Josef, *hijo que crece*, y dictado por cierto dos veces repetido, como para dar mayor fuerza á la frase y á la etimología de ese nombre bendito; veis, vuelvo á repetir, no ya precisamente al José de los sueños, de la elevación y de la grandeza, en premio de la virtud, y compensación providencial de la desgracia, sino al futuro José de la virtud, de la ciencia y del poder, inmediato ya, no al trono del Monarca egipcio, sino según otra versión etimológica de su mismo nombre, *al cercano al ojo, á la fuente*, al solio del Rey eterno de los siglos?

¿Qué significa, en verdad, la inocencia del hijo de Jacob, comparada con la del hombre que el Evangelio mismo apellida Justo por excelencia? ¿Qué su castidad, al lado del hombre de

la vara florecida, del compañero y ángel tutelar de María, que la Iglesia ha llamado, en su conciso é inefable lenguaje, *Guardador de una Virgen*? ¿Qué su paciencia, su bondad, sus sufrimientos y sus dolores, en parangón con la paciencia, la bondad, los sufrimientos y los dolores del José de la Encarnación, del Establo, de la Circuncisión, del Egipto y del Templo?

¿Qué importan los sueños del hermano vendido junto á la cisterna seca del camino de Dothaín, si recordamos la ciencia del padre putativo del Salvador? ¿Fué infusa la del hijo de Jacob? También, y más y mejor, la del Esposo de María. ¿Fué adquirida la del lugarteniente de Faraón, que salvó al Egipto de los horrores del hambre? Oid á los SS. PP. respecto de la ciencia humana del castísimo Patriarca, y unánimes sabrán afirmaros que los talentos de la parábola evangélica fueron centuplicados en este hombre verdaderamente singular y privilegiado sobre todos los de su siglo; San Juan Crisóstomo os dirá, desde luego, que penetró los sentidos todos de la Santa Escritura; San Agustín, por la ciencia escolástica, os lo colocará entre los más afamados Escribas de la Sinagoga judáica, y San Dionisio, especulando absolutamente todas las facultades que se disputan en las escuelas; Santo Tomás os dirá, que dominó todas las ciencias; San Ambrosio, que todas las artes liberales; y la Historia oriental, que todas las mecánicas; José admirable, en fin, que crece, según significa su nombre, tanto en virtud como en sabiduría.

¿Y en poder, hermanos míos, y en poder? Aléjate, José, Virrey de Egipto; Moisés, educado en el palacio de los Faraones, caudillo y legislador de un gran pueblo, hombre á quien Dios hablaba cara á cara, por singular y exclusivo privilegio, y cuyos restos mortales descansan en lugar desconocido en las profundidades del monte Sinaí, trasladados por ministerio angélico: que José, el de Jesús y María, es, en frase de la Iglesia, superior á los bienaventurados todos, porque ha visto á Dios en esta vida mortal, y no ha señalado solamente al Cor-

dero de Dios, como Juan Bautista, sino que le ha estrechado entre sus brazos; que no ruega, sino que alcanza, en palabra de su especialísimo y entusiasta devoto el canciller Juan Ger-són; que su cuerpo ha desaparecido de la tierra, ó al menos se halla tan oculto, que sólo ha podido la diligencia y piedad de los fieles venerar, como los discípulos de Elías, algunos trozos de sus vestiduras, ó algunas reliquias de los objetos que fueron de su servicio en la tierra.

¿No es esto crecer, mis hermanos? ¿A cuál de los ángeles dijo, afirmaré yo ahora con el Salmista, tú eres mi hijo, hoy te he engendrado, sino al Hijo de Dios, el Padre, virgen de los vírgenes, el primer virgen, en frase de San Gregorio Nacianceno, y á quién de los mortales, vuelvo á afirmar, sin temor de ser desmentido por nadie, llamó Padre, sino á José, El que fué concebido entre los resplandores de la eternidad, y Padre que compartió con el Eterno ese glorioso privilegio, sirviendo de augusta é inefable sombra y manto, y velo, al más tremendo misterio que se ha operado, ni se operará ya jamás, en el curso inmenso de los siglos?

*Hijo que crece, pues, José, hijo que crece*, hasta el punto de estar sometido á él, según la palabra revelada, el Hijo de Dios; que crece más, incomparablemente más, en poder y en grandeza, que aquel otro adorado en sueño misterioso por el sol, la luna y las estrellas; más grande que descifrando los de Faraón, como Daniel los de Nabuco; más previsor que el Virrey de Egipto; más amante de Jesús que el hijo de la asiria Raquel, de Benjamín, y de su padre afligido; más benéfico con sus hermanos todos, que el vendido á los mercaderes de Madíán. ¡Vacas macilentas, salidas del Nilo de vuestras miserias, clamad! ¡Flacas, macilentas, necesitadas hasta de recursos materiales, venid! ¿No es cierto que este otro José hizo suceder en vosotras la fertilidad á la escasez, la abundancia á la pobreza, la salud á la enfermedad, la tranquilidad al peligro, la vida á la muerte, la gracia al pecado, en fin, y robustas, lozanas, vigorosas, recogisteis un día tanta cosecha de favores y

de beneficios, como granos de arena brillan en las playas de los mares?

*Hijo que crece, José, hijo que crece*: recorred las páginas de la Historia, y encontraréis ese nombre bendito y glorioso, siempre creciendo en virtud, en saber, en grandeza: subid hasta la cima del Gólgota, al pie de la Cruz del Salvador: allí está José de Arimathea, intrépido, según la palabra del Evangelio, ante el Pretor, pidiéndole el cuerpo de Jesús, estrechándole entre sus brazos yerto cadáver, como José al Niño lleno de vida y de alegría, envolviéndole entre sus lienzos, sus lágrimas y sus perfumes, como el Esposo de María entre sus besos, sus caricias y sus sonrisas de justo, y poseedor de los secretos y de los tesoros del Cielo: en su sepulcro prestado, y en su huerto, y en la abierta roca de su propiedad, descansará y reclinará su cabeza el que no tuvo, después que murió José, otro pecho en que descansarla, sino el del noble decurión que llevaba el nombre de su padre putativo en la tierra; venid después al seno del Colegio Apostólico, y hallaréis desde luego en él á Bernabé (el Hijo del Consuelo), llamado primero José, de la tribu de Leví, como el Esposo de María, compañero infatigable de San Pablo, y elegido especialmente por el Espíritu Santo para la predicación evangélica; recordad la elección de San Matías, y admiraréis á su noble competidor, con él escogido para las suertes: José el Justo, bebiendo, sin lesión, el veneno que le propinara más tarde la perfidia judáica, y realizando así el primero la profecía admirable de Jesucristo sobre este punto: hojead deprisa y brevemente, porque nos va faltando ya espacio, para contemplar el crecimiento admirable de este nombre: José, Presbítero y Mártir, atormentado por orden de Sapor, Rey de Persia; José, Conde de Escitópolis, en Palestina, célebre por sus heroicas virtudes en medio de la grandeza de su posición y el fausto de su elevado rango social, émulo de los Casimiros, de los Fernandos, de los Luises y de las Isabeles, Eduvigis y Casildas: Beato José Hermán, del Orden Premonstratense, místicamente desposado con María y